

Estos diarios o lo que sean. Capítulo 13



“Sólo somos felices, verdaderamente felices, cuando es para siempre, pero sólo los niños habitan ese tiempo en el que todas las cosas duran para siempre.”

José Eduardo Agualusa (El vendedor de pasados)

A mis padres, aunque ya no estén.

LORENZO ALMAR

ASUNTOS VEGETALES

1. Parque del oeste

Mis primeros recuerdos, de emoción con el mundo vegetal, me vienen de muy atrás.

Hasta que tuve cinco años vivíamos en una habitación alquilada en un piso de la calle Princesa, en Madrid. Actualmente es un Corte Inglés. Mi madre me llevaba de paseo al parque del Oeste y hay un momento breve, muy breve, de una de esas tardes, que es el único que tengo en la memoria.

Veo a mi madre y a una de mis tías sentadas en un banco bajo los árboles; yo agachado en el suelo recogiendo algo de la arena. Entonces no sabía qué era lo que mis manos acariciaban como si hubiese encontrado un tesoro. Una piña de abeto aún verde, casi recién nacida, que se había caído del árbol y también una flor de rosa de Siria. Aquel tacto suave y verde de la piña, el color malva azulado de la flor y el olor de los aligustres floridos, sin saber por qué, nunca se fueron. Aún no sé muy bien si es una imagen o la sensación de una imagen.

2. Alaraz

Algo parecido, pero un poco más nítido porque yo tendría unos tres años más y ya no vivíamos en Princesa, fue en la huerta de mi abuelo Palatino.

La huerta era una de las más grandes de Alaraz y estaba a la orilla misma del río. Mi padre se afanaba en los frutales mientras mi abuelo sacaba agua. La burra daba vueltas alrededor del pozo y la noria la vertía en un pilón para distribuirla por la huerta. Ver rodar la noria y las cascadas que caían de los cangilones era ya todo un entretenimiento; me parecía un malabarismo. Brillaba el sol y el aroma de la menta brava, que crecía libre alrededor del pilón, se me quedó para siempre.

Recuerdo a mi padre recogiendo peras de agua y de donguindo, nombre que me parecía muy enigmático para una pera, y ciruelas largas y

moradas. Pero lo que también se me quedó como un deleite fue el olor dulce y áspero de las higueras al rozarlas.

Mi abuelo me enseñaba el nombre de los árboles que bordeaban la huerta por el lado del río. Saúcos, mimbres, álamos, fresnos, sauces... Mi padre odiaba los fresnos. Cuando era pequeño, mi abuela Eufrosia siempre llevaba bajo las sayas una varita de fresno, y cuando él o alguna de mis tías hacían una trastada, la abuela sacaba su vara y mientras los daba de zurriagazos decía *ijpin pan que nieva!! ijpin pan que nieva!!* Ya de mayores lo contaban riéndose y mi abuela era la que más se reía.

También recuerdo ir con mi abuelo montado en la burra, y mi madre en otra, con las banastas llenas de fruta para venderla por el pueblo; su olor, mezclado con el de la burra, nuestro sudor y el polvo del suelo, se nos quedaba pegado.

Al sobrado de la casa, que en otros sitios llaman desván, no me dejaban subir solo. Allí se guardaban aperos de labranza y otras herramientas, garrafas y botellas de cristal, cestos, cuerdas, clavos y cosas viejas. El suelo era de madera y por encima se veían todas las vigas que sostenían el tejado. Una tira de sol entraba por un ventanuco partiendo la penumbra y el polvo se movía como si alguien hubiese pulverizado un chorro de oro. Me quedaba fascinado mirándolo. Pensaba que era posible que Dios se apareciese por allí.

Me dejaban subir para ayudar a extender, sobre mantas colocadas en el suelo, las manzanas, las patatas y las cebollas. Mi abuelo y mi padre colgaban de las vigas las trenzas de ajos y los melones de invierno. Parecía increíble que con los ajos se pudiera hacer trenzas tan perfectas. Pero lo que más me gustaba era ayudar a colgar las ciruelas moradas para hacerlas pasas. Yo iba envolviendo cada ciruela en trozos de papel de estraza, como si fueran caramelos, y mi abuelo las engarzaba en hilos de bramante, formando guirnaldas que colgaba de los clavos de las vigas. En el sobrado el olor era intenso, casi masticable; una mezcla de penumbra, madera, fruta, tierra y polvo. Y el adobe.

3. Pedraza de Alba

Íbamos más veces al pueblo de mi madre, que está a ocho kilómetros y medio de Alaraz. A mi padre le gustaba más. Nunca supimos por qué no le gustaba ir a su pueblo, sobre todo cuando, años más tarde, mi abuelo vendió la huerta a una de mis tías. Entonces ya siempre fuimos a Pedraza.

Allí eran otras cosas. Como casi siempre íbamos en los veranos el cereal brillaba en las eras; y otra imagen que no se me olvida es a mi prima Bene y yo muy contentos, sentados en un trillo tirado por un buey. El abuelo Cesáreo no nos quitaba ojo mientras el trillo daba vueltas por la era separando el grano de la paja. El polvillo que se iba desprendiendo de aquella molienda picaba como mil diablos, pero éramos niños y eso no era importante. Lo divertido era ir en aquel tiovivo. Me siento privilegiado de haber tenido esta experiencia en mi vida. Aún conservo dos pequeños trozos de trillo colgados en una pared de mi casa; con sus lascas de pedernal incrustadas en la madera, me parece como si tuviese algo neolítico. Los rescaté de aquellos mundos que han dejado de existir.

A diferencia de mi abuelo Palatino, el huerto de mi abuelo Cesáreo era muy pequeño, también junto a un río. Ni siquiera era suyo; la duquesa alquilaba esas pequeñas porciones de tierra a los campesinos; pero eso lo supe siendo mayor porque no son cosas que interesen a un niño. Para nosotros el huerto era del abuelo.

Parte de mis primos y mi hermano eran aún muy pequeños, así que, cuando el abuelo nos llevaba, también iban mi madre y algunos de mis tíos y tías. Ellos ayudaban al abuelo, pero para nosotros era una fiesta. También allí un burro y la noria daban vueltas y me quedaba embobado viendo correr el agua para regar; los granos de arena corrían brillando por el cauce de aquellos surcos que, en mi imaginación, eran pequeños ríos cristalinos. Nos enseñaron como eran las plantas de patata, los escarabajos bruñidos que se las comían y había que matar; los pimientos como cuernos, y los tomates luminosos como burbujas. A veces nos ponían a quitar malas hierbas y un olor silvestre te iba dejando las manos pringosas, húmedas y ásperas; si estaban floridas me daba pena arrancarlas. Había que tener cuidado con las ortigas.

El huerto tenía una alberca, circular, más grande que la de mi otro abuelo, y cuando el sol calentaba el agua nos bañábamos; las ranas huían y los renacuajos cabezones, graciosos y torpes se escondían despavoridos entre el alboroto infantil. Si jugábamos a cogerlos nunca lo conseguíamos. Nos daba sombra un ciruelo de ciruelas claudias y, desde entonces, son las que más me gustan.

Las impresiones de la niñez se quedan grabadas con fuerza en algún lugar de la memoria. Parece que se han olvidado ¡pero no! El griterío de los pájaros al atardecer en las alamedas, que parecía que se iba a acabar el mundo; las quitameriendas cubriendo de violeta las eras con las primeras lluvias de septiembre, el sol rojo flotando sobre el horizonte en los rotundos atardeceres de Castilla; mirar las ovas del río; o ir a coger las pequeñas joyas agridulces de las zarzamoras que, además, se podían comer. El reto era no caerse entre las zarzas. Todo un lujo.

Luego estaban las encinas. Las encinas tenían, y aún tienen para mí, un poder casi sobrenatural. Me produce placer verlas cargadas de bellotas, con esa especie de boina a la que están agarradas; la luz que se filtra por las hojas que pinchan y la robustez de sus troncos y ramas. De pequeño imaginaba que eran animales prehistóricos, pesados, monumentales, que en la lejanía parecían trotar, o querer hacerlo, por aquellas lomas y planicies extensas. Seguía con mucha atención y un poco de temor a las hormigas que circulaban por sus rugosidades.

En estas infancias salmantinas fui aprendiendo. Como era un niño de ciudad imaginaba muchas veces estar viviendo una película de romanos, o de apaches, o simplemente de tiempos muy antiguos. Siempre asombro y curiosidad con el mundo vegetal.

Algunas cosas me parecían mágicas, sacar agua del pozo, nunca olvidaré los sonidos misteriosos de ese agujero oscuro que parece tener voces propias, voces de agua y sombra; coger berros en los manantiales, tomillo en las laderas, hinojo en los caminos; y ver cómo se hacían las escobas. Había plantas para las escobas bastas y otras para las más delicadas. La ceacilla, que es como tocar el plumón suave de los pichones, para hacer plumeros; y la cabezuela para barrer los suelos y quitar telarañas. Se

dejaban secar y haciendo manojos se ataban a palos, más o menos rectos, para formar el mango ¿no os parece fascinante? El ingenio, se trata del ingenio. Tío Toño, tío Isi y tío Teo eran los que mejor hacían las escobas.

4. La hierba

Capítulo para pensar un rato.

5. Almendrales

Dejamos de vivir en la habitación de la calle Princesa cuando a mi padre le concedieron un piso de protección oficial, en el barrio de Almendrales. Allí nacieron mis hermanos y allí viví hasta que me fui con veintidós años. Tenía cinco cuando llegué.

Entre los bloques de pisos de ladrillo rojo, descarnado porque no tenían enfoscado, al menos había bastantes árboles, principalmente olmos pumila, algún chopo y algunos pinos. En primavera los olmos se iban cubriendo, de la noche a la mañana, con el verde tierno y lustroso de los brotes, parecían como de nube o espuma y cuando los podaban, los niños del barrio, y había muchos niños en el barrio, hacíamos cabañas, a modo de tipis indios, y armas; jugábamos, y también peleábamos, porque pelear era un juego, durante unos días, antes de que recogieran la poda.

La gente que llegó a ese nuevo barrio dentro de Usera eran matrimonios jóvenes con varios hijos, proletarios, gente humilde expulsada de los campos de todo el país por el poco futuro que ofrecía la postguerra en sus sitios de origen. La mayoría venían de pueblos. En mi bloque de veinte familias había gente, que yo recuerde, de al menos una docena de provincias desde el norte al sur. El bloque era una nación de naciones. Lo era el barrio entero. Se comenzaron a formar alianzas, intercambios, querencias, ayudas y también trifulcas, prejuicios, incomprensiones y odios. La vida misma en su estado químicamente puro. Bueno, pues estas gentes, quizá añorando sus tierras, fueron plantando algún pruno, rosales, nísperos, aligustres, adelfas. No todos prosperaban, pero aumentaba el mundo vegetal y eso era bueno.

Si cruzabas la calle Santuario estabas en el barrio de Las Casitas Bajas, a tres minutos de casa, literalmente. Por allí íbamos al colegio, a las tiendas,

al mercado, a coger el autobús que nos sacaba del barrio hasta el centro de Madrid. Todas sus aceras estaban bordeadas de grandes falsas acacias; las llamábamos los árboles del pan y queso. Cuando florecían enloquecíamos para poder tirar racimos de flores blancas, para comerlas. Sabían dulces, a los padres no les gustaba mucho que lo hiciéramos. Luego he sabido que pueden ser venenosas si comes muchas, pero enseguida se pasaba lo de comerlas porque se llenaban de pulgón y ya daba asco. Aun así su olor es maravilloso y he andado mucho debajo de sus copas.

Un poco más allá de las Casitas Bajas había una gran escombrera. Los padres nos tenían rigurosamente prohibido ir, pero íbamos a jugar en secreto entre las dunas de escombros, basura y restos de los talleres del barrio. Allí, de vez en cuando, germinaba un hueso de melocotón o una pipa de sandía; brotaba una patata de una peladura o alguna tomatera. Nunca llegaban a ser adultos pero los miraba con asombro, sin entender el poder que los hacía brotar, como de la nada, entre aquellos montículos. Si los padres, como si tuviesen bola de cristal, adivinaban que habíamos ido a la escombrera, nos zurraban, pero seguíamos yendo.

En Almendrales yo tenía mi árbol predilecto. Frente a la ventana de mi dormitorio vivía un chopo. Podía verlo desde mi cama y cuando empecé a escribir le escribí un poema. No sé si él se enteró alguna vez. Mucho tiempo miré sus hojas moviéndose con el aire, su delgadez era un rumor de mariposas blancas y verdes que atravesaban mi ventana. Cuando había luna se cubría de lentejuelas de escarcha y el otoño lo convertía en una columna dorada. El poema, aunque malo, todavía lo conservo; era el año 1971. Mucho después, cuando ya no vivía allí, lo cortaron. Uno de los días que fui a casa de mis padres ya no estaba. Nunca supe por qué. Sentí lástima.

6. Cerro de los Ángeles

No sé cuántos años tendría entonces. Sé que era adolescente porque aquella mañana también estaba mi hermano y mi primo Javi, que tendrían unos siete u ocho años. Mi madre y mi tía Ana se quedaron en casa, porque mi hermana y mi prima eran todavía muy pequeñas para aquella

aventura. Se quedaron preparando magdalenas y el cocido para la comida. Íbamos con mi padre y tío Toño a buscar cardillos.

El autobús nos dejó en algún punto cerca del Cerro de los Ángeles. En estas periferias de Madrid había entonces campos de cereal y tierras baldías, que era donde nos dirigíamos. En la actualidad nada queda de aquello porque todo está urbanizado. Nos habían hecho madrugar para llegar con la primera luz del día y una niebla rala se posaba sobre el campo; después de una caminata el sol la encendió y la hizo desaparecer.

La primavera brillaba en los trigales, heridos de amapolas y salpicados de acianos y avena loca; y en las tierras baldías estaba lo que habíamos ido a buscar. Allí estaban aquellos cardos pegados al suelo, desparramados por la tierra. Era la primera vez que veía al natural lo que tanto nos gustaba en el cocido a toda la familia. ¿Y cómo era posible comernos esos pinchos si en el plato de garbanzos no tienen espinas? Es un privilegio que, en algún momento de la vida, las cosas te hayan parecido prodigiosas. Estaba a punto de conocer el secreto de los cardillos. Mi padre y mi tío los iban cortando por la base y, con gran habilidad, de un solo tirón, quitaban los pinchos de cada hoja, sin guantes ni nada, y no se herían. Yo lo intenté pero me pinchaba y me quejaba tanto que me dejaron correr y jugar con los pequeños, a cambio de que los cuidara; claro que ¡maldito caso que me hacían a mí los pequeños!

Descubrí que de esos cardos sólo se comen las nervaduras de las hojas y sólo cuando son tan jóvenes como los que estábamos cogiendo. Pero en las tierras castellanas y manchegas sólo nacen en primavera y, cuando crecen un poco y se alzan del suelo, ya no sirven; luego se llenan de flores amarillas que parecen constelaciones de estrellas. Aquel día no fui un buen recolector de cardillos, pero aprendí cómo son y cómo se limpian; con el tiempo los he cogido muchas veces sin pincharme demasiado. Volvimos a casa con un saco lleno.

Bastantes años más tarde, cuando me vine a vivir a Zahora, descubrí que aquí son una verdura muy apreciada y popular; la venden en los mercados, ya limpia, entera o troceada; y como este es otro clima, las hay en primavera y otoño. Me encanta su sabor recio, silvestre con un punto

de amargor. Aquí se llaman tagarninas, nombre que me parece muy bonito, y siempre que las como me encuentro con aquella mañana.

7. Los arbustos

Y todos los arbustos. Ejercicio para soñar el tacto de sus nombres.

8. Fuencisla

“Existe una marea en los asuntos humanos, que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna; pero, omitida, todo el viaje de la vida va rodeado de escollos y desgracias.” Julio César (acto IV) – William Shakespeare

Esta frase siempre me ha gustado, porque una de esas mareas que tuve en mi vida me llevó a la fortuna; o al menos eso es lo que siempre he sentido. Tal vez el paso de la adolescencia a la juventud sea siempre una marea para todos. Cada uno tendrá la suya propia.

Cuando cumplí quince años mi infancia se había desmoronado. Las inquietudes de mis amigos del bloque comenzaron a no ser las mías y mi mayor amigo se había ido a vivir a Londres.

He tardado casi media vida en aprender que la soledad tiene tribus diferentes; que, a veces, es reconfortante, deseada y necesaria; y que una de las más dolorosas es aquella que se tiene estando en compañía. En aquel momento era un mordisco para el que no estaba preparado. La tristeza es tenebrosa, te encarcela en silencio y no te deja caminar. Para salir de ahí lo primero que hice fue hacerme socio del Círculo de Lectores. También me enteré de que había un club juvenil en la iglesia de La Fuencisla, justo enfrente de mi casa. Por entonces yo era un niño más bien tímido y cargado de complejos, pero una tarde hice acopio de valor, que no sé de dónde lo saqué, y me presenté en el club. Llevaba mucho temor.

Allí se juntaba gente de mi edad y otros más mayores, muchos eran de Almendrales, aunque yo no los había conocido antes, y otros de toda la parte baja del barrio de Usera. Pronto el miedo desapareció sin que yo casi me diera cuenta. Llegaba esa marea de la que habla Shakespeare. A partir de media tarde ibas al club y siempre te encontrabas con alguien, la soledad se evaporó y comencé a sentirme querido y a querer. No fue tan difícil. Y tuve un cierto protagonismo, del que yo mismo estaba sorprendido; parecía otro Lorenzo.

Mucha gente pasaba por el club y, como es natural en los humanos, no todos coincidíamos en la forma de concebir la vida. Se formaban grupos dentro del grupo. Yo tuve el mío, y fue tan intenso que, 54 años después, mientras escribo esto, todavía conservo una buena amistad con algunas amigas de aquel tiempo; y con el resto los recuerdos de muchas felicidades y aprendizajes. Nos unía esa química de la confianza para las intimidades; algo que permite, con cierta comodidad, moverse un poco a gusto por la vida. El vínculo que nos aleja de la soledad, con amigos que conocen sus nombres y apellidos, que también se comunican con los ojos, que se entienden con silencios. Amigos que son como los buenos libros y que, alguna vez, también se cierran.

El club no era sólo un lugar de encuentro. Se organizaban lecturas, exposiciones, fiestas, coloquios. Intercambio de conocimientos. Había gente que pintaba o tocaba la guitarra. Esperanza hacía bien las dos cosas. Desde mi portal se veía la ventana del salón de su casa; si nos habíamos cruzado en la infancia del barrio no nos recordábamos. Fuimos muy amigos, luego la vida nos dispersó y no volvimos a saber de nosotros. Mis poemas de aquel tiempo los tengo en dos cuadernos de anillas de tamaño cuartilla. Ella me los regaló para que pudiese tenerlos todos juntos; y las firmas de los que me leyeron están en la primera página de uno de los cuadernos. A menudo pienso en ella. Sus rizos rubios y sus ojos claros recordaban a los ángeles del Renacimiento. Cuando empezó a estudiar Bellas Artes, en la universidad, me enseñó a ver colores ocultos en todas las cosas; colores dentro del color.

Hicimos teatro y comentamos películas, nos descubrimos música unos a otros. Muchos hacían incursiones en la escritura, pero he de decir sin modestia alguna, y todos sabían eso, que los poetas de la Fuencisla éramos Gloria y yo. Nos hicimos íntimos enseguida. Teníamos un entendimiento en las cosas del sentir que pasaba también por las palabras. Algo similar, porque cada relación que establecemos con las personas es distinta, tuve, y aún tengo, con Marta, aunque no escribiese poesía.

Durante unos años, con las guitarras, cantábamos en las misas de la parroquia. Algunos fuimos monaguillos o leíamos en la homilía; otros llegaron al club sólo para ligar, algo bastante atrayente y natural. Pero el club, poco a poco, trajo otros descubrimientos. Gente que llegó de fuera y

de otras partes de Usera. Se traían libros prohibidos, análisis políticos, rebeldías contra el sistema y el régimen, charlas sobre sexualidad. Fuimos a manifestaciones en las que daba palos la policía; a conciertos donde las canciones no eran coplas ni boleros; a cines clandestinos a ver películas censuradas, así conocimos a Buñuel, Pasolini, Bergman. Nos fuimos haciendo rojos rojísimos, hippies, progres se decía en la época. Los chicos comenzamos a dejarnos el pelo largo y barba; a vestir de una forma que no era la considerada decente ni apropiada en los cánones de aquella España rancia. Mi padre decía que parecíamos pastores, zarrapastrosos, vagabundos. Se le llevaban los demonios cuando me ponía pantalones de pana y los chalecos de mi abuelo. Mi madre, en cambio, siempre le decía *“¡Pero Santos, no te disgustes, si con eso no hacen daño a nadie! ¿no ves que todos van igual?”*

Algunos salieron escandalizados o aburridos y no volvieron más al club. Hasta que el párroco, que era un borracho de cuidado, se percató de lo que se cocía y cerró el local donde nos reuníamos. Para entonces Dios, y todos los dioses, habían salido ya de mi vida.

Cuando se empieza lo que llaman la primera juventud hay que buscar alguna forma de salir al mundo, soltar amarras no es sencillo para nadie, pero como la vida empuja sí o sí para todos, cada uno encuentra su manera, se las apaña como puede.

Para mí fue un despertar. Sin saberlo entonces, el club fue una buena elección. Me enriqueció de una forma que ni siquiera había imaginado. No quiero decir que no tuviese desesperanzas que, probablemente, hubiese tenido de cualquier otro modo. Después hubo más mareas en mi vida. Algunas las perdí.

Y se preguntarán los que vayan a leerme ¿qué rayos tiene esto que ver con el mundo vegetal? Pues sí, porque fue en esos años cuando comenzamos a ir de acampada. Nunca antes había ido. El descubrimiento de las montañas y los bosques era como si me cayesen encima maremotos de placeres. La sensación de libertad de la naturaleza, salir del asfalto, andar entre helechos que sólo había visto en los mercados sirviendo de cama para pescados o frutas, ver árboles que no conocía, lavarnos en un río de montaña, charlar, reír o cantar junto a una hoguera por la noche, dormir bajo el rumor de los pinos, el canto de algún ave y llenar los ojos de estrellas. Respirar. Viajar por otros mundos más allá del barrio, incluso dentro de tu misma ciudad. Todo eso era descubrir, descubrir y gozar.

Contemplar la niebla entre los rebaños de árboles como un cuadro impresionista, pisar la luz de la nieve cubriendo los bosques, dejarse arropar por la luna. Siempre tuvimos el respeto de no herir nada, eso era una ley casi sagrada. Aprendí muchos nombres del mundo verde. Ninguno teníamos coche, y poco dinero, sólo las mochilas, las tiendas de campaña, comida y muchas ganas. Así cargados cogíamos el tren con destino hacia la sierra. Comimos muchas latas de Fabada Litoral.

Eso tiene que ver, que no es poco. El deslumbramiento de las acampadas fue tan nutritivo como la pleamar que me llevó al club de la Fuencisla. A veces, era tanta mi emoción antes de irnos al monte, que no pegaba ojo la noche anterior.

Creo que me acabé de enamorar de los musgos leyendo un poema de Gabriela Mistral.

9. La hoja de jade

Fue la primera planta que tuve en una maceta. Hasta entonces sólo había guardado, aplastadas, hojas y flores entre las páginas de los libros. La silueta de algunas quedaba impresa en el papel como si fuera un sudario.

En La Fuencisla había hecho amigos importantes. Andaríamos alrededor de los dieciocho años, más o menos. Una edad en que las emociones se viven efervescentes, con pasiones inflamadas y perturbadoras, incluso cuando uno se sintiera la persona más desgraciada.

Todavía vivíamos con nuestras familias. Algunos ya trabajábamos. Yo empecé a los quince porque en aquellos años setenta se podía trabajar casi desde la adolescencia. Hoy se hubiese considerado explotación infantil, probablemente entonces también lo era pero a nadie se le ocurría pensar que lo era. El club de La Fuencisla había desaparecido y, como ya no teníamos donde reunirnos, alquilamos, entre seis o siete, un piso en el barrio.

Soñábamos una independencia de la casa familiar, para nuestras cosas, queriendo ya ser adultos, sin saber, en realidad sabíamos bastante poco, la dificultad de su significado. No sabíamos que eso que llaman mayoría de edad, y que tal vez nunca alcancemos, es un número inventado sin libro de instrucciones; un aprendizaje apasionante y duro, como el asombro y la ansiedad de un insomnio. Hay que tener mucha fortaleza para querer ser diferente, y sobrevivir al mismo tiempo, en esa vida que nos pilla

desarmados y prepotentes. Ahora lo sé; también he tardado mucho tiempo en comprender que la tarea de ser adulto no termina nunca.

Teníamos el dinero escaso y el piso era barato y pequeño, en uno de los bloques antiguos de Usera, de sólo tres plantas. El nuestro estaba en la segunda. La escalera estrecha y oscura. Los muebles viejos y las paredes con alguna humedad, ahora no recuerdo si, a lo mejor, le dimos una mano de pintura. Sólo dos ventanas daban a la calle, pero nada de eso importaba, saboreábamos la casa con la ilusión de ser la primera que era nuestra.

Todos teníamos llave, íbamos cuando queríamos, a veces solos o quedando por teléfono para encontrarnos allí. Hacíamos cerámica, esculturas con arcilla, pintábamos, bordábamos, sí, los chicos también, leíamos, comentábamos libros y jugábamos a las cartas, bebíamos cubatas, escuchábamos música y hablábamos y hablábamos. También lo que más se hacía era follar, imprescindible. Celebrábamos cumpleaños o simplemente la vida. Allí fumé mis primeros canutos. Recuerdo una tarde de tarta cubierta de fresas para celebrar la muerte del dictador.

Conseguimos un tocadiscos y cada nuevo LP que alguien compraba lo escuchábamos allí. Hubo mucha música que nunca habíamos oído. Leonard Cohem, Silvio Rodríguez, Georges Mustaki, Jhon Mayal, Los Calchakis, Violeta Parra, Hendrix, Marley, Aute, Rosa León, Bowie, Joan Baez, Bob Dylan, Mamas and the Papas, Lou Reed, Quiilapayún, Peter, Paul and Mary, Victor Jara, Pink Floyd, Cecilia, María del Mar Bonet, Cat Stevens, Lluís Llach, Amancio Prada cantando a Rosalía de Castro, la Joplin, la Piaf, Jethro Tull ... mucho jazz y algunos clásicos como Scherezade, Mozart, Bach, Vivaldi, Carmina Burana..., los típicos de cuando se empieza a escuchar música clásica. La Callas aún no había llegado a mi vida, cuando llegó me reventó la cabeza y se quedó a vivir en ella.

En este segundo piso sólo había dos viviendas, las puertas de entrada daban a un corredor abierto a un patio interior donde casi nunca llegaba el sol. En ese corredor, en la puerta de su casa, se sentaba la abuela de la familia vecina. Se parecía tanto a todas las abuelas de entonces que yo la miraba con admiración y respeto. Vestida de negro, un mandil de cuadros blancos y grises, moño en la nuca y entre las manos la magia, porque magia me parecía a mí hacer encaje de bolillos. Era imposible que unas manos pudieran manejar, con aquella rapidez y destreza, los hilos entre

aquella galaxia de alfileres. Solo se oía el clic clic de los palitos y el silencio de sus ojos. Junto a ella tenía, además de las geometrías y flores que iba fabricando, una maceta con una planta que parecía un arbolito de hojas carnosas, ovaladas y un verde bruñido.

Mi relación con ella nunca había pasado de un *“buenas tardes”*, pero un día me atreví a decirle mi fascinación por su trabajo. Entonces me contó que vivía con su hijo y sus nietos, que eran de Extremadura y que el bolillo era fácil, cosa que yo sigo sin creer; y que así se entretenía. Fue entonces cuando le pedí si *“por favor me daría un esqueje de aquella planta”*. Yo le dije que mi abuela se pasaba el día haciendo ganchillo, que me parecía igual de difícil, que mi familia procedía de Salamanca. No me preguntó quiénes éramos los que andábamos en aquel piso, ni lo que hacíamos, sólo que le animaba ver gente joven. A los pocos días, cuando llegué, me dio una pequeña maceta con una ramita de la planta. Me dijo que se llamaba hoja de jade.

La planta creció lenta, fue conmigo de casa en casa y cuando me vine a vivir a Zahora, la maceta se fue haciendo cada vez más grande y su tronco más gordo que mis pantorrillas, cosa que no es difícil porque siempre he tenido piernas de jilguero. Y aquí, por primera vez, floreció. Una sevillana, de *“cuyo nombre no quiero acordarme”*, me dijo que la planta se llamaba *“chocho la reina”*. Fingí que me hacía gracia, pero me pareció una ordinariez y hasta casi una irreverencia, como si hubiese insultado a mi madre y a la planta madre de todas mis plantas.

10. Flores

Flores, capítulo para respirar belleza.

11. Madre

Los olores y la música son esas cosas invisibles e intangibles que encienden, con un sólo latido, la memoria y sus recuerdos. Nos hacen mirar hacia dentro y puede que volvamos a sentir la voz de unos ojos o su ausencia, una calle, un tacto, una cocina, una ciudad, un gesto, una tiniebla ¿cómo un cerebro, apenas pulpa, puede almacenar tanto?

Para desgracia de toda la humanidad se crearon las clases sociales, abismos, sobre todo, para fabricar infelicidades. Las mujeres de la clase social de la generación de mi madre podían ser pocas cosas, madres y

esposas y poco más. Bien educadas por siglos de resignación, las que salían un poco del laberinto en el que estaban atrapadas, podían ser discriminadas y presa fácil de murmuraciones. Hasta podían ser consideradas un poco casquivanas, incluso para la clase humilde a la que pertenecían. Porque vestían menos sobrias o salían a los bares. No te digo nada si salían solas o sin sus maridos, guardianes de la medieval idea del honor familiar. No se valoraba, y así seguimos, el inmenso trabajo de ser madre y esposa sin descanso, ni la inmensidad de cosas que dirigen y resuelven. Siempre recuerdo que ella era la primera en levantarse y la última en acostarse. Silvio Rodríguez dice en una canción *“la madre vive hasta que muere el sol”* que, aunque se refiera a las patrias, las madres también son patrias.

Por supuesto que también había otra sociedad, que se hacía llamar *“de buena familia”* (como si el resto de las familias del planeta fueran necesariamente malas), que es sinónimo de riqueza y poder, no de vergüenza. Formada por varias especies de bandas peligrosas de gentes honorables, que sí podían, y siguen pudiendo, saltarse lo que exigen a los otros: Todos los pecados capitales y no capitales y hasta los diez mandamientos y otros que se inventan. Gentes honorables con corazones de baja estofa. Blasonados y ungidos por *“La gracia de Dios y del Caudillo”* ¡¡Que mira tú que graciosos los dos!! Y ahí sí, las mujeres podían ser más cosas. La clase alta, que también así se hacen llamar, debe oler a lujurias cumplidas.

Así que los olores que me recuerdan a mi madre son caseros. El pimentón en los sofritos; el anís en las rosquillas; el jabón casero, en cuyo proceso, para mí entonces misterioso, participaba con placer algunas veces; el comino en las sopa castellana, que no me gustaba de pequeño y sigue sin hacerme mucha gracia; la lejía y el amoniaco que no era, ni siquiera, perfumado; el laurel, esa planta legendaria en que se convirtió Dafne cuando fue perseguida por Apolo; la masa de las croquetas recién hecha; las pastillas de avecrem; la hierbabuena en el cocido; la canela en el arroz con leche; el olor tibio de la plancha navegando, con mimo, por la ropa limpia. El ajo, humilde; y el perejil, callado ¡Y cómo no, el café recién molido! que llegaba como un incienso para anunciar la jornada.

O un perfume, ¡que poco se perfumaba la mujer!, llamado Maderas de Oriente, nombre que siempre me pareció de algo denso, exótico, que traía a nuestra casa los misterios orientales que yo soñaba en los tebeos. Estaba casi más de adorno en la cómoda.

También recuerdo el olor de su fuerza y su cansancio.

Mi madre adoraba las plantas y las flores; refiriéndose a ellas su expresión era *“¡Ay qué divinidad! ¡Qué divinidad!”* como si estuviese viendo la fachada de una catedral o un cuadro de Velázquez; aunque ella supiera muy poco de catedrales y de cuadros. Hay olores de flores que siempre son ella. Las violetas, las rosas, las lilas, la manzanilla y la retama. Todos sus olores tienen una historia, una imagen dentro de mi cabeza, menos la retama. No he logrado recordar, cómo, ni dónde fue para que piense en mi madre cuando veo, o aspiro las flores de retama ¿Quizá fue un momento de sol en la tarde al cobijo de su sombra? ¿El roce al caminar? ¿Estaba con mis hermanos? ¿Fuimos de merienda a la orilla de un río? Es probable que nunca lo sepa, tampoco es que importe. Puede ser un recuerdo que yo quiero inventar para ella.

12. Árboles

De sobra sé que un escritor tiene que tener un estilo, definido e impecable; un tono, un ritmo concreto, una unidad, un orden o un desorden estudiado y una limpieza expresiva... y controlar con lupa los adjetivos, que tanto dicen que ensucian, y los gerundios, y las repeticiones ¡Ay Dios las repeticiones! los signos de puntuación... y tal y tal y tal... a esto hay que sumar los atascos y confusiones mentales que me ponen de los nervios ¡Menuda lucha!

Pero resulta que sólo soy un hombrecillo que ya escribe por puro entretenimiento o para sentirme útil a mí mismo, quizá para engañar o calmar ausencias... no sé. A lo mejor, o a lo peor, estoy mezclando géneros o qué se yo. Escribo por instinto. Algo sé después de tanto tiempo, pero es más lo que ignoro. No llego a tantas perfecciones. Sé que puede que no sea literariamente correcto meter reflexiones o esos capítulos que parecen acertijos. Las palabras, después de tantos años de jugar con ellas y sus emociones, sólo tienen el sentido de complacerme.

Pero las frustraciones las dejaré para un capítulo que nunca voy a escribir y vuelvo a mis cosas vegetales, a unas cavilaciones que, desde el principio, son la chispa que encendió el resto de los capítulos. Así que tengo que incluirlo y salgan los géneros por donde quieran y la unidad de todo quede sin equilibrio.

Apenas ocupaba una página de folio cuando lo escribí, a bolígrafo, en casa de Alberto. Lo iba pensando mientras paseaba por un bosque del Baztán. Habla de los árboles y es como sigue:

Siempre que pienso en los árboles lo primero que me viene a la cabeza son los versos de Blas de Otero *“Árboles abolidos, / volveréis a brillar al sol.”* y el comienzo de una canción sefardí *“Árboles lloran por lluvias / y montañas por aires.”* Ahí, pinchadas en mi cerebro, están esas estrofas aunque no tengan que ver exactamente con los árboles. Son metáforas para hablar de asuntos humanos: de libertad y de amor.

¿Y qué son los árboles? No pienso sólo en los que conozco, también en los que nunca veré pero sé que existen, en todos los árboles del planeta. Todos tienen algo, o mucho, de sagrado. No sólo son el hogar de los pájaros o caminos para insectos. Respiran el mismo aire que nosotros y lo limpian. Sujetan la tierra.

Desde que nos calentaron en las cuevas han ofrecido a los hombres sus murmullos y sombras, el aroma de sus cuerpos, la variedad de sus frutos, sus medicinas, inciensos para los rituales. La esencia del árbol habita en nosotros. Durante milenios sus brazos sostienen catedrales y chozas, levantaron cobijos y andamios. Dieron vida a retablos en los templos, muebles donde guardar documentos, ajuares y tesoros. Calientan chimeneas y fogones. Toda nuestra vida está arropada con sus fibras. Es fácil verlo, sólo hay que mirar unos segundos a nuestro alrededor más cotidiano y sencillo. La cama en la alcoba, las sillas del reposo, la mesa donde comemos o escribimos, el atril donde leemos, la tabla para cortar alimentos o la cuchara que mueve la sopa. La madera crea espacios serenos.

Así pues ¿qué son los árboles? No sólo son los coros del viento, las luces que adornan las estaciones del año, una red lanzada al cielo para intentar

cazar estrellas, o el lugar donde viven las hadas. Un bosque es un sabio que enseña sin palabras, latidos sin preguntas. Siempre un canto, una promesa en la esperanza del planeta.

No hay que tener carreras universitarias para saberlo. Antes de inventarnos la informática guardaron en los libros el conocimiento y el placer de las literaturas. Me siguen dando el papel en el que escribo y hasta con el que me limpio ciertas partes del cuerpo, que no voy a nombrar por decoro estético. Incluso muertos desde hace millones de años, fósiles y podridos nos entregan su energía, alimentan industrias, movieron trenes y barcos.

Y su belleza extraordinaria siempre. Callados, sin pedir nada a cambio. Y también vulnerables, sin poder huir o esconderse de nuestro exterminio; porque nuestra ingratitud también es generosa. Nuestras relaciones con ellos exigen mucho y perdonan poco. Con qué desprecio se hacen masacres para alimentar perversiones y codicias.

¿Y qué será de nosotros sin los árboles? Pues no será ¿Qué será cuando no existan los bosques y el aire se envenene? ¿Dónde encontraremos armonía, dónde el equilibrio? No encontraremos ¿Volveréis a brillar al sol como dicen los versos de Blas de Otero? ¿Tal vez mañana entenderemos nuestra locura? No, mañana no. Ya mismo deberíamos empezar a llorar.

13. Postales

Podemos acordarnos o no, pero la memoria guarda toda nuestra existencia. Con o sin nuestro permiso, como si fuese un animal dentro de uno que sólo responde ante sí mismo, que actúa según su conveniencia. Si uno se pone a rebuscar encuentra siempre cosas, cuando el animal quiere abrir el estuche donde las guarda.

Aparecen en formas diferentes. Algunas imágenes son, como si alguien que no eres tú, te mandase postales desde una vida que no fue la tuya. En la distancia del tiempo parece que las hubiese vivido otra persona. Otras veces, las postales aparecen sin aviso, en medio de la noche o cortando una cebolla; entonces hay que levantarse o lavarse las manos para ir corriendo al cuaderno y atraparlas para que no escapen.

Pueden aparecer con personas, o no; sus apellidos me los reservo, ellos saben quiénes son. Otros nombres permanecen ocultos, pero sus postales estarán en estuches que tratan asuntos no vegetales. Y las hay sin matasellos que indiquen desde dónde vienen. Es más difícil cuando aparecen desdibujadas.

Hoy el animal me deja abrir el cofre, parece que está generoso; y voy sacando postales.

La eterna risa de Elvira flotando por los bosques de Peguerinos. Probé las bayas de enebro, conocí el muérdago. Ramas de pino calentaban la estufa de la casa, mientras yo leía Madame Bovary hasta la madrugada.

Yendo hacia Teruel paramos el coche y descansamos mirando un campo de mimbres. Tapices rojos cubren la tierra. Voy con Paco Morales, Luismi y Carlos el gallego.

Hacía mucho frío esa mañana de noviembre. Paseábamos por un bazar de libros antiguos en Estambul. Libros que subían desde el suelo hasta el techo de las tiendas, que abarrotaban mesas, con sus colores y sus portadas con letras doradas. Sin entender nada de su envoltente caligrafía, sólo el regalo de la vista y el olor de lo antiguo. Las calles del bazar estaban cubiertas por una parra virgen en la que ya quedaban pocas hojas, pero permanecían los racimos negro azulados de sus uvas. El sol convertía el encaje de sus ramas delgadas en hilos que parecían de coral. No había turistas. Entre el murmullo de los libros nadie se fijaba en esta preciosa techumbre.

Chumberas custodiando, con su corazón de pasta verde, un camino en un pueblo de Almería. En mi ignorancia se me ocurrió coger un higo y llevármelo a la boca, que se llenó de una pelusa hecha de pinchos. Sufrió mi boca y mis manos. ¡Pero me parecieron tan bonitas las chumberas!

Relámpagos de ardillas entre los tilos de Hyde Park.

Amanece en un campo de Castilla. Entre la neblina un olmo solitario vestido de rocío. Invierno.

Verdes geometrías de huertos primorosos a la orilla del Nilo. No vimos ningún papiro como los que adornan las tumbas de los faraones. Supe que están casi extintos, salvo en la zona del delta. Pensé que si volvía a Egipto llevaría un rizoma de la planta que tengo en mi jardín y la arrojaría al río, como ofrenda de renacer. Fue sólo un pensamiento.

Paseando con Luismi por un bosque de abedules que rodeaban un lago, en un lugar entre Bergen y Estocolmo. Siempre había querido pasear en el cuadro de Klimt y allí estaba. Pasamos tres días en una cabaña de madera para descansar, antes de continuar nuestro viaje. Creímos que nos miraban los gnomos.

Estoy sentado entre las ruinas del Tholo del santuario de Atenea Pronaia, en Delfos. Solo. Mi cabeza llena de mitologías y emociones entre las columnas dóricas; las toco. Me acerco a uno de los olivos que las rodean, están asilvestrados y eso aumenta mis fantasías. Cojo una aceituna como si fuese algo sagrado, como si la misma diosa fuera a entrar por mi boca. El sabor es tan brutalmente amargo que la escupo casi al instante y vuelvo a pensar, una vez más, que qué atrevida es la ignorancia, y en cómo descubrirían los hombres que se pudiese convertir en aceite. En esa época llevaba siempre en los viajes, junto con un libro y un cuaderno, una navaja muy pequeña, con la que tallaba esculturas mínimas para entretener los tiempos en la estaciones de autobús o en los barcos. Cojo del suelo un trocito de madera de olivo, justo para que me quepa en el bolsillo del pantalón. Tallé una cara del tamaño de mi dedo meñique. Aún la conservo.

Grupo de amigos sentados en un campo de margaritas amarillas y amapolas, la postal parece la funda de un disco de música folk de los años hippies. En este viaje Gloria me contagió de Mario Benedetti.

La primera vez que vi el mar y toqué la gelatina de las algas. En una de las colonias que Cáritas tenía en Chipiona. Un convento de monjas y dos grandes pabellones cuarteros. Descubrí los cañaverales emplumados donde vivían los camaleones. Y las buganvillas en flor, que siempre parecía que estuviesen encendidas. Las cañas a veces se partían encima de los niños, porque aquellas monjas satánicas y los monitores falangistas daban

hostias como cordilleras. Tenía nueve años. Éramos doscientos niños y las chinches dormían en nuestras literas.

Un acebo nevado convertido en una postal de Navidad, en la Selva de Oza.

Ágata vino desde Chile a visitarnos. Traía, aparte de su cariño y su tremenda energía, nueces de su jardín; y hojas de boldo para hacer infusiones después de las cenas. Habían atravesado un continente y un océano para llegar hasta nosotros.

Las ramas de un pistacho escapando por una tapia en una isla del Egeo.

Fucias en la entrada de una casa de un pueblo salmantino. Su dueña lo llamaba pendientes de la virgen, para el resto del mundo los pendientes son de la reina. Lo de fucsia lo aprendí después. Me parecieron unos pendientes bellísimos fueran de quien fuesen. La puerta de la casa era de cristal y tamizaba la seca y afilada luz del verano en el recibidor, donde los pendientes estaban entre coleos y plumas de Santa Teresa. Había ido con mi madre a visitar a la vecina de mi abuela Laura.

Los brotes púrpura de las hayas naciendo en primavera, en Aia; y fresas silvestres en la misma puerta de la casa de Alberto. Te levantabas, aún en pijama, y ¡oh maravilla! Tus dedos iban hacía una de esas perlas rojas y la llevaban a tu boca ¡oh maravilla!

Un castañar en Piedralaves, de acampada con mis hermanos. No sabía que las castañas, tan ricas, estuviesen protegidas por una coraza de espinas. Hay una foto de mi hermana sentada al pie de un crucero, junto a una hortensia, tan espectacular y pomposa, que parece la arrogante dignidad de una emperatriz del siglo diecinueve.

Cuando supe identificar la vincapervinca, la primula veris y el llantén.

Las postales salen del estuche desordenadas, ya no importa el tiempo en que pasaron. A veces me dan un golpe en la cabeza, el animal me arroja postales para contarme que he vivido muchas cosas o para enseñarme a agradecer. No siempre contienen un enjambre de emociones, algunas son un sedimento fósil, apenas un indicio. Pero es hora de parar. Continuaré mañana porque empiezo a tener la vista cansada, a pelearme con las

palabras y a no saber lo que digo. Voy a preparar unos huevos con setas y gambas para la cena.

El mañana, de nuevo, vuelve a ser hoy. Me levanto de la siesta, me lavo la cara y me hago un té fuerte paquistaní, que me llevo al estudio junto con un cigarro. Enciendo el ordenador, espero a que funcione porque es lento. Estará cargado de bichos, como yo. Abro mi cuaderno de notas, me pongo las gafas y vuelvo al cofre.

Lo primero que aparece es una orquídea, con el tallo en un tubito de cristal y dentro de un cilindro de plástico transparente. Gabi me la regaló por mi cumpleaños, cuando nos conocimos.

Los ficus de Cádiz que llegaron desde La India en el equipaje de dos monjas misioneras; los conocí ya centenarios. Hay una foto de Marta en la horquilla de uno de ellos. Sus troncos y ramas son tan poderosos que casi uno piensa que no son vegetales.

Acantos, brotando como capiteles corintios, entre las ruinas del Monasterio de Bonaval.

Joaquín me llamó por si quería ir a recoger aceitunas a su casa. Fui con mucho gusto. Todavía verdes las aceitunas brillaban en su jardín, en una mañana de sol de finales de otoño. Él las cogía del árbol y otro amigo y yo las machacábamos con una piedra encima de una mesa. Una a una. Un golpe seco, justo sólo para abrirlas. La piedra se fue poniendo oscura y nuestras manos también. Notaba el aceite en mis dedos ¿quizá fue así como se descubrió? Nunca había hecho esto y disfruté. Nos reímos, hablamos mucho y bebimos cerveza. Para aliñarlas fuimos al campo a recoger tomillo. Me llevé a casa un cubo lleno para curarlas. Se echaron a perder. Algo hice mal.

Otro grupo de amigos, desnudos, sentados en la hierba, con guirnaldas de hojas en la cabeza. Ahora son los años ochenta. Estamos en un prado en Picos de Europa.

Un recodo de Vejer de la Frontera con un plumbago azul. Marta haciéndome una foto; su cara se parece a una Inmaculada de Murillo. Tenemos ventipocos años y yo voy vestido todo de blanco, con el pelo de

forma renacentista. Ahora en ese recodo ya no hay plumbago. Una lástima.

Mi madre y mi tía Arsenia cogiendo hinojo y lavanda en las orillas del río Alberche.

Las nieblas gallegas oliendo a eucaliptos.

Una sabina a la orilla de un río del Atlas. El árbol es tan grande y tan viejo que sus ramas salen horizontales desde la tierra, y luego buscan el cielo formando una pequeña gruta. Tomasa, que es una de las hadas madrinas de mi vida, está con Margarita y Emilia; sentadas dentro de la sabina mientras fuman un cigarro y yo hago una foto. Sonríen. Cada rama que las acoge es un tronco liso y sus nervaduras parecen arterias. El atardecer forma pirámides de oro en las altas rocas del desfiladero en el que estamos, abajo la sombra se va llevando el día mientras los muleros preparan la cena y la fogata. Los grillos anuncian la noche y el eco de las ranas llena la Garganta de Wandras.

Frutos verdes de avellanos en algún lugar entre los montes de La Concha. Los comimos. Me parecieron jugosos.

Un campo de algodón moviéndose tras la ventanilla de un autobús, camino de Éfeso y su diosa Artemisa de múltiples pechos. Blancura esponjada.

Mis tíos de Villatobas tenían un lilo en el corralón de su casa. Cuando íbamos a verlos, si era primavera, volvíamos a Madrid con un ramo enorme de lilas. Durante unos días la casa olía a música fresca, delicada y romántica. Lila proviene del nombre árabe Laila y quiere decir «crepúsculo» y «compañera de la noche», esto lo he sacado de internet. Me parece precioso. Tengo predilección por este color.

La noche empapada de jazmín en una calle de Tánger, tomando un té con Gabi en una terraza.

Caminar bajo un naranjal en Tabernes de Valldigna. Era como estar paseando por una galaxia verde cargada de planetas. Regresamos a Madrid en autostop con las mochilas llenas de naranjas.

Junto al Canal de Castilla, en Valladolid, hay un parque y un camino llano que recorre la orilla del agua. Desde la casa de Jesús a cinco minutos andando. En todas las estaciones del año la vegetación se refleja en una corriente lenta, que parece cansada, y relajante... Cuando los patos atraviesan el reflejo de la vegetación, ésta se deshace en colores que tiemblan sobre el agua. Es entonces cuando más entiendo la pintura impresionista. El reflejo de los sauces que lloran y las espadañas.

La inabarcable potencia de un nogal, cubriendo la plaza de un pueblo de Guadalajara.

Siempre creí que la primera vez que vi glicinias, y quedé fascinado, fue en un cuadro de Alma Tadema. Después creo que no es cierto. Así que consulto con este nuevo dios llamado internet y veo que sí puede ser posible. En dos de los cuadros creo que aparecen glicinias. En una corona en la cabeza de *"Pandora"* y entre las columnas de *"Una diferencia de opinión"*. Pero mi duda no desaparece. Sólo estoy seguro de haber estado muchas veces en Zahora bajo la sombra de las glicinias, en el porche de unos amigos muy queridos. Aspiré su aroma sutil, toqué la luz de sus flores y sus semillas de felpa. Pero mi duda de cuándo fue la primera vez sigue sin desaparecer y continúo teniendo la sensación de un cuadro. Creo que es una postal espejismo.

Ahora, por fin, salen del estuche postales de Madrid, mi ciudad, porque siempre será mi ciudad, aunque haga treinta años que no viva en ella. Y cuando vuelvo, alguna postal se repite, alguna tiene un fondo distinto, alguna desaparece; y alguna se me había olvidado y renace de pronto en una calle.

Celindas en el Retiro que fui a coger con Jesús F. para el ramo de novia de Gloria, su hermana. Todo el parque exhalaba la fragancia de la madrugada.

Yo trabajaba en Los Nuevos Ministerios y a media mañana, todos los días, salía a desayunar con Amparitu, Olga y Javier. Nos hicimos muy buenos amigos. Después Javier y yo nos íbamos a los jardines y nos fumábamos un canuto entre los dos, no muy cargado. Había dos ginkgo biloba, árbol que lleva sobreviviendo casi trescientos millones de años. Una aventura

heroica. El humo del canuto se perdía entre los abanicos de sus hojas, que flotaban por encima de nosotros. Para haber pasado tantas convulsiones del planeta ¡Son tan elegantes! Abajo, en los arriates, lucían salvias y pensamientos. Cuando volvíamos al trabajo yo pasaba media hora rara, me parecía que mis compañeros se daban cuenta que estaba fumado, los dedos se me atascaban en las teclas de la máquina de escribir.

El otoño en un arce japonés, en la gris profundidad y los ventanucos de un patio interior de Malasaña.

Cuando vi por primera vez una maceta de parietaria en una floristería del barrio de Las letras, donde convivieron Lope de Vega, Calderón y Cervantes. La planta rebosaba del tiesto como la espuma en un vaso de cerveza. La tienda olía a recién regado.

En el ínfimo balcón de mi piso apenas cabían cuatro macetas. En una de ellas nació un arce negundo; había venido volando. Cuando creció más de las posibilidades del balcón, se lo llevó Amparitu mon amour. La llamo así desde que nos conocimos en el trabajo. Se lo llevó al jardín de una casa en la sierra. Unos cuantos años más tarde, Gabi y yo, fuimos a verlo. Se había convertido en un árbol frondoso y sano. El aire de Guadarrama hacía vibrar los hilos de sus flores, colgando en pequeñas cascadas. Me alegré que hubiese sido salvado de una muerte segura en mi balcón.

También en el Retiro los castaños de Indias en todas las épocas del año. Su majestuosidad me sigue impresionando. Y no proceden de La India.

Los tejos en las aguas del Palacio de Cristal. ¡Cuántas veces me he sentado en la escalinata que baja hasta el estanque!

El olor del boj recién cortado en los Jardines de Sabatini. El atardecer tiñe de satén las magnolias.

El Prado Longo, en mi niñez, cuando era de verdad un prado. Había ovejas que pastaban entre cardos y margaritas. Nos tenían prohibido ir bajo pena de castigo seguro, porque había un poblado de chabolas y además teníamos que cruzar una vía de trenes de mercancías, que no pasaban a menudo, pero pasaban. Íbamos mucho, en secreto. Ahora es un parque y he paseado también muchas veces por él, porque mi hermana vive justo al

lado. Algunos árboles y plantas tienen cartelitos con sus nombres, su origen, sus características. Aprendí que uno de los árboles que tenía en mi jardín de Zahora y que aquí llaman paraíso, se llama en realidad cinamomo. No se me ha olvidado.

Delante de la puerta de Velázquez, del Museo del Prado, los cedros del Líbano. Nada que decir. Sólo hay que verlos.

La piel jaspeada de un plátano de sombra en tantos sitios. No he podido averiguar por qué se llama plátano. Su sombra cuenta la corpulencia del árbol.

La última postal fue hace poco en la Rosaleda del parque del Oeste. Amparo (no Amparitu), Eugenia y yo en una mañana soleada y fría, con ese frío macanudo de Madrid. No conocía esa rosaleda, o al menos no la recordaba en flor. Estaba a reventar de rosas variadas. Fue un escándalo de mañana. En los estanques flotaban nenúfares. Pienso en Monet.

¡Ah! Se me olvidaban los nardos que un amante deshojaba sobre mi cuerpo; y que me regaló un collar indio de plata y coral. Estaba empezando “la movida madrileña”.

Zahora no es una postal. Son muchas cosas las que pasaron allí durante veintiocho años. Sería un capítulo demasiado grande para ser una postal. La tierra que compramos sólo tenía hierba, cardos y algún champiñón que salía con las lluvias. El lentisco que daba al camino lo conservamos como un lujo. Gabi y yo comenzamos por plantar, en aquellos mil doscientos metros cuadrados, pequeñas ramitas de todo lo que encontrábamos y nos gustaba. Y yo pensaba *“me moriré antes de que vea convertidas estas ramitas en árboles”* creyendo que su crecimiento sería lento. Cuando nos fuimos, hace poco más de dos años, teníamos un parque boscoso, con árboles hechos y derechos. Incluso tuvimos que cortar los que con sus raíces levantaban tuberías, desagües y enlosados; otros los tiró el viento de levante.

Alguna vez, mientras vivía allí, pensé en hacer un inventario de las clases de plantas que teníamos, por pura curiosidad nada más, pero no lo hice. Si

me pongo a hacer memoria me salen más de medio centenar de especies. También tuvimos huerto y gallinero. Las podas eran salvajes y las montañas de restos para quemar duraban varios días. Lo hemos vivido, disfrutado y trabajado, mucho trabajo, a veces hasta el hartazgo; demasiado para ir haciéndose uno viejo. Los pájaros vivían con nosotros, además de otros animales y muchos bichos. Las golondrinas volvían a anidar todos los años en la puerta de la casa, criaban y los golondrinitos se asomaban desde el nido, como cabezas de niños cantando desde un palco. Los ruiseñores se desgañitaban por la noche...

Aun me causa un poco de dolor recordar. El dicho *“la edad no perdona, o no pasa en balde”*, cuando llega pone muchas cosas patas arriba. Frase que aborrezco porque no quiero aceptar el mazazo de su certidumbre. He tardado en darme cuenta que veintiocho años son muchos años en la vida de un hombre. Por eso Zahora no sería una postal, sino un cofre lleno de postales. Habíamos creado un paraíso. Nunca me sentí un dios. A veces también fue una jaula de oro.

Y así podría no parar, llenar unas cuantas páginas más con
un hueso de aguacate echando raíces y hojas en un tarro con agua;
el olor áspero de los geranios;
almendros trayendo la primavera;
las flores de cristal en las vidrieras del harén del Palacio de Topkapi;
palmeras;
camelias en Sintra que me hacen recordar a La Traviata;
un árbol seco arañando el crepúsculo;
cualquier puesto de especias de Marruecos;
un jarrón con anemonas azules, su nombre tiene que ver con los vientos;
un culantrillo en los labios de una cueva;

o una higuera loca viviendo en los sillares de un ojo del Puente de Toledo.

Y más y más y más... Podría seguir buscando en el cofre, pero ya sería aburrido hasta para mí.

14. Piel

Lo hemos atrapado en cuadros y cerámicas; en tejidos, esculturas y metales; en vidrios y joyas; en plástico, fotos y cine. Y nos mira. La piel vegetal, que cubre de respiraciones el planeta, nos mira. Este capítulo es para asomarse a un rincón de lo infinito. Y que cada uno escriba lo que quiera.

Barbate, agosto de 2024

